

Kennenburg, establecimiento para la cura de afecciones nerviosas y la hipocondria, cerca de Esslingen en Alemania.

CASTILLO DE TIAR EN EL CAMPO DE SALINAS,

después convento,

Y HOY CASA RUINOSA EN LA DEHESA DE CAMPO AMOB.

El castillo de Tiar se halla situado en el límite occidental de la provincia de Alicante, media legua hácia el Norte del mar Mediterráneo y cinco al Sur de Orihuela, en dicha provincia, en una esplanada en alto sobre la margen de ocaso del arroyo de San Ginés (en lo antiguo de la Greda), está fundado sobre las ruinas de la antigua Tiar, pueblo de la Contestania poblada por los grieco-fenicios, según lo demuestra el célebre Lozano en su *Bastitania y Contestania en el reino de Murcia* y lo confirman otros geógrafos. Escolano supone estar sobre las ruinas de Bigastro, error conocido y manifiesto, pues á tres leguas hácia el Norte de Tiar se halla Bigastro ó Lugar-nuevo.

El castillo de que nos ocupamos es uno de los que de la edad media ha llegado al través de los tiempos hasta nosotros, si bien bastante maltratado, conservando siempre los suficientes datos y vestigios que nos manifiestan patentemente el carácter de una época en que la ley, el honor y la fama, eran las ideas que ocupaban la mente del caballero, edad que á medida que se aleja de la nuestra va adquiriendo con los mas vivos colores el sello de la poesía con que se distingue en la historia y en sus monumentos. El castillo de Tiar, pues, elevado en un desierto en el centro de una vasta posesion cubierta de pinares y en terreno montuoso y quebrado, sus dos plazas de armas en completa ruina, sus anchos y altos muros con troneras para arqueros, sus fosos interior y exterior casi cegados y puente levadizo que hoy sirve de puerta donde mismo se alzaba, contribuyen con el gusto severo de su arquitectura á caracterizar mas y probar demostrando el elocuente lenguaje de las ruinas, la grandeza y el rango de los dueños que lo edificaron.

Se ignora quién fuese el fundador de este castillo, pues aunque la lápida que acompaña, nombra á un Tomás Pedrosa, vecino de Ori-

huela, este fué, como dice en la misma, quién fundó en él el convento erigido de San Ginés, de la órden de la Merced, cediéndolo juntamente con mas de una legua en cuadro que comprende la (1) dehesa y propiedad que cedió á la cartuja de Via Celi en el reino de Valencia. El exterior que ofréce en conjunto es el de una gran torre cuadrada que por la parte de Oriente conserva mas el carácter primitivo de su construcción, que pertenece al gusto del 1200 al 1300, ó sea Bizantino; tiene este cuerpo en cuadro unas veinticuatro varas ó algo mas, y de altura como unas veinte; en el centro de dicha pared de Oriente se halla la puerta de hierro practicada en forma de arco rebajado con el dintel y dovelas de piedra, sobre la cual está el recuadro con la lápida precitada, hácia la parte de ocaso, y pegado á el anterior se halla otro cuerpo con varias piezas, y en la misma direccion un gran cuadrado cerrado de unas ocho varas por lado con grandes muros de piedra, cuya parte interior está mas honda que la superficie exterior sobre que se eleva á vara y media cerrando á Toluz, cuya parte superior está destruida y parece este cuerpo una gran cisterna: entre este y el anterior hay un espacio como de tres varas escasas, á que da paso un fuerte arco de piedra con su muro algo ruinoso, que es todo de piedra de dos cuartas en cuadro como el resto del edificio: hácia sus ángulos y dinteles de puertas en esta parte se ven fragmentos de columnas y piedras labradas desprendidas y enterradas en parte con los escombros. Lástima que el actual é ilustrado dueño de esta propiedad no conserve en mejor estado los restos de este precioso monumento, espuesto á destruirse completamente.

El claustro interior que representa la lámina es todo de piedra labrada, y los capiteles de sus columnas son Bizantinos, como tambien en el órden de arcos de la galería alta, columnas, escudos y surtidores para las aguas lluvias: del claustro bajo dá una puerta á la izquierda de su entrada, comunicando con el oratorio, que es del mismo órden y gusto arquitectónico y del que se conserva en muy mal estado

(1) Esta gran finca confina por S. con el Mediterráneo, N. con la Peña del Aguiá O. con una cordillera de colinas llamadas de la Balas, y ocaso con el mayorazgo y haciendas del señor marqués de Rafat.

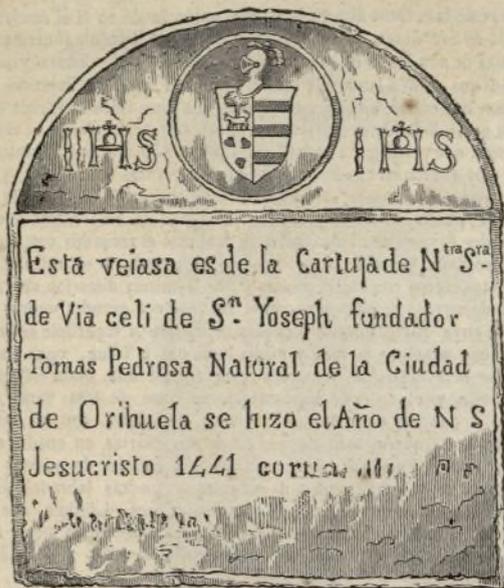
22 DE JULIO DE 1836.

solo el coro bajo y el espacio que comprendia la iglesia, que ostenta aun como último indice de lo que fué, algunas losas y los sitios donde estuvieron sus tres altares. El pavimento se conoce fué todo de azulejos Bizantinos, encontrándose en su centro un enterramiento en que estan sepultados varios de la familia de Pedrosa, algunos frailes y el D. Tomás que refiere la lápida: el rico artesonado y pinturas en tablas que decoraban las capillas desaparecieron cuando suprimidas las comunidades religiosas quedó la dehesa toda en administracion como fincas del Estado con las demás propiedades.

En el circuito que ocupaban las dos arruinadas plazas que forman otros tantos planos se descubren ruinas de balsas y cañerías reedificadas y destruidas después, hallándose en todas las cercanías de este castillo montones de escombros, vasijas fracturadas y enteras de finísimas arcillas, tejas, ladrillos, lucernas y otros objetos pertenecientes á tiempos genios, cartagineses, romanos, árabes y posteriores, ostentando los mejores atributos anticuarios. El que llamaban arroyo de la Greda, que desemboca en el puerto de este nombre, cortaba la poblacion que allí existió y un camino romano que de Cartago Nova partia á Roma por la costa oriental de la peninsula, pasando por este sitio, ponía al antiguo pueblo de Tiar en comunicacion con todos los demás.

A diferentes alturas en los bordes del mencionado arroyo, cuyo cauce por sitios está á corte vertical, se ven todavía las diferentes alteraciones que ha sufrido aquel terreno de puro alubion y el curso que dieron en varias épocas, desde las mas remotas hasta el dia, en que á cierta distancia hácia N., hay una presa ó tajamar de obra moderna, que detiene el curso de las aguas elevándolas á un nivel mas alto, que les facilita salida por un largo cauce practicado en piedra, que conduce el agua á las cercanías y contornos del castillo, donde fertiliza mas de 40 taullas de tierra plantada de frutales, que en forma de gradas escalonadas descienden hasta terminar en la misma orilla de O. del arroyo que por esta parte está poblada de adelfa silvestre, pinos y álamos blancos, haciendo mas pintorescas las inmediaciones del ruinoso castillo; en el dia albergue de la pobre familia del hortelano que cultiva la huerfa de esta quinta, cuyo edificio es resto de la antigua grandeza del reino de Aragon, cuando Orihuela con el reino de Valencia, estaban comprendidas en aquel. Hoy los ganados sestean á la sombra de los viejos murallones que un dia fué la grata mansion de un opulento magnate; y los vellos claustros le sirven por la noche de aprisco, ¡fatal destino de las grandezas humanas! que el poder de los tiempos aniquila, destruye y nos lega erigidas en ruinas para que en tan elocuente y filosófico libro leamos el destino de la humanidad.

J. ALBACETD.



El resto de la lápida despues del año 1841 no se puede leer por estar destruida la superficie baja.

Esta lápida, que por su letra no parece del mismo tiempo de la fecha, sería puesta muy posterior, refiriéndose á la fundacion verificada en dicho año; su language es bastante corrompido quizá por el lapidario que sería valenciano, pues por dehesa dice veiasa.

Los cristus no se qué relacion tenga con el orden de la Merced: no hay mas datos.

LA VUELTA DE JUAN PEREZ.

(Continuacion.)

- Juan, ¿quién era esa mujer?
 —Mi hermana y mi novia.
 —¿Cómo?
 —Mi hermana, porque era huérfana y la habia criado mi madre; y mi novia, porque nos íbamos á casar cuando caí quinto.
 —¿Y estás resuelto á engancharte?
 —Casi lo estoy.
 —Vamos, tú tienes mal corazon. Tienes una hermana y una novia, y quieres engancharte; Cabrera mismo no sería capaz de una cosa semejante.
 —Desde que se murió mi madre, creo que la perdí... y que quieres, cosas del mundo, la olvidé.
 —¿Y era huérfana por segunda vez?... Vamos, Juan, tienes mal corazon.
 —Es que ella habrá hecho lo mismo; y aunque era huérfana era rica: tenía un olivar de trescientos piés y una viña de cincuenta cepas.
 —¡Tanto mejor! con vino y aceite no se muere nadie en el mundo. No pierdas tiempo. Lo que no sucede en un año, sucede en un minuto. Cuélgate el morral, échate á cuestras ese capote, que ha sido tu pellejo tantos años, y paso redoblado.
 —Tengo miedo.

—Ya sabes que los cobardes son los que mueren primero. Con que, arriba. Vamos á echar la última copa de aguardiente ¡Y qué diablos! si no se acuerda de ti, si no encuentras á la hermana ni á la novia, mejor, cara de perro: haces un cuarto de conversion, giras suavemente sobre el talon izquierdo, y *tran, cataplan, cataplan*, te vuelves al regimiento, ó te ahorcas de un pino, que todo da lo mismo.

En el estado de incertidumbre en que se hallaba Juan Perez, le pareció la última razon del cabo incontestable, y decidió por fin, como lo decia, probar fortuna; y como era ejecutivo en todas sus determinaciones, dicho y hecho: echó á cuestras su morral, colgó de su cuello el tubo de hoja de lata que guardaba su licencia absoluta, y ambos compañeros fueron á remojar la despedida con dos copas de aguardiente, en una taberna pintada de almazarron y ocre, allá á lo último de la calle de San Vicente.

En el apretón de manos mas estrecho los sorprendió el sargento Pelao; y el cabo Suarez mirándole de soslayo, le dijo á Juan Perez á media voz y muy despacio:

—Juan, si oyes decir que han muerto al sargento Pelao, no preguntes mas.

II.

LA CAMPANA DE LA ALDEA.

Llevaba Juan Perez seis dias de marcha, y habia seguido constantemente el camino real. El dia séptimo por la tarde lo abandonó para subir una colina suave, que se levantaba á su derecha coronada de olivos y enredada de higueras chumbas.

A pasos lentos avanzaba por la pendiente de la colina, y caminaba sin cansancio y sin afán: cada paso correspondia á un latido de su corazon; audaz, indiferente, sosegado, y ¡ay! se acercaba á su lugar nativo después de siete años; allí donde estaban los recuerdos de su primera edad; donde estaba la sepultura de su madre, y donde debía encontrar á Cecilia, que lloró tanto aquel dia tan pronto olvidado, en que se separaron acaso para no volverse á ver mas. Allí en aquel mismo sitio que ahora pisa indiferente, debajo del olivo grande que se levanta sobre la cima del monte, hacia siete años, á la misma hora, medio oculto el sol en las sombras de la tarde, se despidió de su madre y de Cecilia, únicos amores de su vida. Allí se habian derramado sus últimas lágrimas; allí habia recibido los dos últimos besos; allí de rodillas entre los brazos de su madre y de su novia, al sonido de la campana de la aldea que llegaba triste y lento como queriendo darle tambien su último adiós, habia hecho su último voto y su última oracion.

Subió lentamente hasta la cima de la colina, y se detuvo. Tendió la mirada por el valle que sirve de corona á la graciosa aldea, y vió el estrecho campanario empinarse entre el caserío apiñado, como un recuerdo mas vivo entre confusas memorias que empiezan á disiparse.

El cuadro que se desenvolvía á su vista no podía serle indiferente y para contemplarle mejor se apoyó ligeramente contra el tronco del olivo grande, derramó su mirada serena, y comenzó á silbar un toque de guerrilla.

Los últimos rayos del sol poniente empezaban á desaparecer detrás de un grupo de nubes; soplaban un viente fresco y húmedo; Juan Perez permanecía inmóvil observando una cosa que estaba sin duda en

armonía con la vaguedad de sus pensamientos. Desde el momento que domió la cima de la colina había visto su propia sombra proyectarse á lo lejos en direccion á la aldea, pues teniendo el sol á su espalda, le hería casi horizontalmente. La había visto crecer y extenderse, prolongarse como una línea, llegar hasta las primeras casas de la aldea, y como fatigada caer lentamente sobre los tejados del caserío, iluminados entónces por una luz semejante al reflejo de un incendio; la vió subir fatigada por la pared blanca y estrecha del campanario, y fijando su planta sobre la última cornisa, crecer y disiparse, apagando el brillo que despedía la bola de bronce sobre la que se empujaba la veteleta. En aquel momento se hundió el sol completamente, y Juan Perez se sintió oprimido y le estaba tentando el demonio de la superstición. Su sombra evaporada, por decirlo así, al tocar las casas de su aldea, despertaba en su corazón un triste presentimiento, y la idea de un desengaño se cebaba en él y lo mortificaba.

Algo sintió en el fondo de su alma que le hizo cambiar de parecer, y maldiciendo al cabo Suarez, dió media vuelta, y exclamó sordamente: «Me vuelvo al regimiento.»

Entonces la campana de la aldea sonó tres veces, dejando en el aire un eco trémulo que parecía un gemido; Juan Perez se erguió como si hubiera sentido el efecto de un resorte, como si su coronel le hubiera gritado: «¡Firmes!» Y llevando la mano derecha á su gorra de cuartel, descubrió la cabeza.

¡Cuántos recuerdos acudieron en tropel á su memoria! El eco de la campana había sonado en lo mas profundo de su corazón. Era una queja que quería decirle. «Te he esperado siete años, y he rezado todos los días por tí... pasa de largo por la aldea, si no encuentras en ella el amor que dejaste: vuélvete si no traes contigo el corazón que te llevaste.» Y el soldado registraba con ansia todos los rincones de su memoria; buscaba todos los detalles, todos los pormenores de aquellos días que había ido olvidando poco á poco. Veía á Cecilia con su vestido de fiesta asirle el brazo entre la multitud curiosa que lo abrumaba á preguntas; se sentía arrastrar por ella impaciente de alegría hácia el átrio de la iglesia, y allí de rodillas rezar una oracion, que ella le hacía repetir palabra por palabra. Despues, sin detenerse, asidos de la mano, cruzaban las dos calles de la aldea, y silenciosos llegaban al cementerio rodeado de rosales silvestres y de altos cipreses; y allí tambien, como en el átrio de la iglesia, de rodillas ambos sobre una sepultura adornada de siemprevivas, rezaban la oracion de los difuntos por el alma de su madre; y luego aprisionado entre los brazos de Cecilia, renovaba aquel beso de despedida, mientras todos le cercan, le hablan, le preguntan y le envidian. Y en el calor de su imaginacion exaltada, se distingue en aquellas noches de invierno al amor de la lumbre, rodeado de su mujer, de dos hijos únicos, que uno duerme en el seno de su madre, y otro se balancea sobre sus rodillas; contando los peligros, las fatigas y los horrores de la guerra á la vecindad que absorba la escucha.

El eco de la campana triste y dulce á la vez, grave y sencillez, se ha grabado en su corazón como una palabra santa. El amor, la amistad, la esperanza resucitan para él. Los siete años de campaña huyen de su imaginacion, y su corazón salta lleno de vida y de ansiedad como antes, cuando su madre y Cecilia le acariciaban y le bendecían. Todos los vínculos que le parecían rotos se anudan; todas sus esperanzas marchitas florecen; todos sus antiguos deseos se avivan, y parece que van á cumplirse.

Erguido y con su gorra en la mano escucha por segunda vez el sonido de la campana. Entónces reza... no se le ha olvidado ni una palabra siquiera: la oracion no le había desamparado, solo había dormido en el fondo de su alma: hacia siete años que no rezaba.

III.

LA APARICION.

Llovía á torrentes: era una de esas tempestades del otoño en que el cielo se deshace en agua, en viento, en relámpagos y en truenos, y era la noche oscura como boca de lobo.

Junto á la iglesia de la aldea, al pié de la torre, casi como parte de ella se dibujaba una casita blanca como la nieve, con una puerta ancha y de una sola hoja: su altura de un piso, y su única fachada consistía en dos ventanas cruzadas de listones de pino y colocadas á uno y otro lado de la puerta. Esta casa se comunicaba con la sacristía de la Iglesia, y en ella vivía la parte mas integrante del culto, el *sine qua non* de los altares, de las lámparas y de los santos: el sacristan.

La noche hemos dicho que era tempestuosa, oscura y fria. La familia del sacristan, al amor de una lumbre alimentada con sarmientos medio verdes, medio secos, se estremecía á cada relámpago y temblaba á cada trueno.

La madre del sacristan, aletargada con sus noventa años, casi dormía y casi rezaba empotrada en un sillón de baqueta tan decrepito

como ella; á sus piés sentada sobre un pedazo de estera la mujer del sacristan hilaba lentamente un lino tan rubio como el oro: y Valentin el organista, hijo único del sacristan, encorvado sobre sus rodillas, acariciaba á un niño de dos años redondo y fresco como una manzana, y levantaba de vez en cuando su cabeza con una tristeza imposible de describir, para fijar sus ojos azules mas tristes todavia sobre la fisonomía dulce y resignada de una muchacha de veintidos años, que cerca de él se apresuraba por concluir una calceta de lana.

Había una tinta de profunda melancolía en este cuadro reposado y mudo, y formaba un extraño contraste con la alegría de Mateo el sacristan, que paseándose con la movilidad de una ardilla, daba vueltas, se restregaba las manos, y hablaba, murmuraba y rezaba.

—Valentin, hoy hace dos años que te di por mujer á esa rosa de mayo que tienes junto á tí, y fuera de ese rapazuelo que tienes sobre las rodillas, maldito lo que has hecho de utilidad. Tienes abandonada tu hacienda, y pasas las horas muertas, haciendo sonar los pitos del órgano, que parecen una legión de muchachos que lloran á un tiempo.

Valentin movió la cabeza, y rompió en una tos involuntaria, seca y profunda, que hizo asomar á su frente algunas gotas de sudor.

La mujer del sacristan miró á su hijo con ansiedad, y la muchacha de veintidos años dijo, atrayendo hácia sí con una mirada la cabeza de Valentin:

—No le riña Vd., señor Mateo.

—Que no le riña, si; déjale dormirse en las pajas, y ya verás el pan que ha de hartar á tu hijo cuando yo muera. ¿Es verdad, madre?

La anciana levantó los párpados y exclamó:

—Antes de sembrar, solo Dios sabe la miés que ha de ir á la era.

En aquel momento brilló un relámpago, y retumbó un trueno tan largo y tan profundo, que parecía una montaña reducida por un abismo sin fondo. Todos se santiguaron.

—¡Eh, cómo aprieta! exclamó el sacristan saltando de alegría. ¡Qué modo de llover! La siembra que se prepara nos va á dar una cosecha horrorosa. Levanta esa cabeza, dijo sacudiendo á Valentin; te duermes al son del agua como las viejas en el sermón.

—No dormía, padre, dijo Valentin con una voz tan desmayada que casi no se percibió.

—¿Estás malo? le preguntó su madre.

—No.

—¿Estas triste, Valentin? le dijo su mujer.

—Cómo tú... como siempre,

—Tú tienes algun pesar, dijo su madre.

—¡Quién no tiene algun!...

—¡Y por qué no se lo dices á tu madre? Yo soy tú mujer... y me lo ocultas.

El organista sintió un nuevo golpe de tos, que trató de ahogar inútilmente.

—Hay pesares que no se pueden decir. Tú lo sabes, dijo fijando en su mujer una mirada de dolor inconcebible.

—¡Yo!...

—Hay recuerdos extraños.

(Continuará.)

JOSÉ DE SELGAS.

LA PAZ DEL MATRIMONIO.

CUADRO DE COSTUMBRES.

—*Parceis* feliz, Anita, siempre feliz. Jamás he visto matrimonio en que marido y mujer *pareciesen* mas felices.

—¡Oh, oh! Catalina, dijo riéndose la señora Huntington, en esas pocas palabras no os habeis servido mas que dos veces del verbo *parecer*. Y teneis un aire pregunton, como si quisierais saber un poco mas acerca de la vida matrimonial antes de dar el último paso. Afortunadamente no está aquí Enrique para ver la tristeza que descubro en los ojos de su novia. Podría creer que su corazón está lleno de temor en vez de palpar gozo con la aproximacion de la boda.

—No os burleis de mí, Anita, sino habládme como teneis costumbre de hacerlo. Yo amo á Enrique, ya lo sabeis, y sin embargo, estoy muy inquieta. Veo tan pocos matrimonios enteramente felices, felices como yo quisiera serlo. Vos sois la que os aproximais al objeto de mis deseos. ¿No teneis alguna vez pequeñas?...

—¿Querellas? No, ahora no. Hemos tenido una, y creó que es menester necesariamente que llegue tarde ó temprano.

—¿Queréis contarme eso, Anita?

—Si, si lo deseais, quizá pueda seros de alguna utilidad.

—Yo era una jóven romántica, como lo sabeis vos, Catalina. Tenía algunas amigas, á quienes yo amaba tiernamente; pero esas amistades no me satisfacían. Mi corazón reclamaba algo mas, apenas si sa-

bía el qué, hasta el día en que amé á mi marido. En los primeros tiempos de mi matrimonio me preguntaba á menudo:

—¿Encuentro en esta vida todo lo que yo me prometía? ¿Soy tan feliz como pensaba ser?

Y mi corazón respondía siempre:

—Sí, y más todavía.

La novela matrimonial, si puedo explicarme así, nos duró largo tiempo. Yo sentía una satisfacción inexplicable cuando estábamos juntos. Me gustaba pasear sola con él. Las mejores horas eran aquellas en que charlábamos ó leíamos los dos solos. Si sentía alguna desazón hacia los mayores esfuerzos para estar alegre en presencia de mi marido. Temía mucho el quedarme estúpidamente muda á su lado, ó el no tener que hablar sino de los niños ó la cuenta de la cocina. Procuraba recordar todas las cosas amables que había leído, pensado ú oído, para repetírselas, y cuando esta materia quedaba agotada, cada uno de los dos teníamos nuestro caballito encima del cual subíamos, de suerte que si guardábamos silencio no era nunca porque no tuviéramos nada que decirnos. Así vivimos unos dos años. Yo era muy feliz. Me se figura que los que nos veían se sorprendían de vernos con tanto gusto y tanto tiempo juntos.

Hasta entonces yo no había tenido nada que sufrir. Comíamos en la fonda, yo no me ocupaba de nada; la ternura de mi marido era una panacea para los males pequeños á que nos vemos sujetos aun en medio de la felicidad. Pero esto no podía durar siempre. Sus negocios lo ocuparon cada vez más, y yo tuve que cuidar de la casa y de un niño. Entonces se puso á prueba nuestra paciencia por la vez primera. Hasta allí nos habíamos dedicado el uno al otro; en lo sucesivo, los sinsabores de la vida absorbieron nuestra energía. Yo me apercibí la primera de este cambio. Me parecía que se cernía sobre nosotros una nube sombría. Algunas veces se apoderaba de mí la tristeza pensando que mi marido no me amaba ya tanto. Ahora, cuando vuelvo la vista atrás me se figura que aquella fué mi primera falta. Aquellas horas de tristeza disminuían mi valor. Era una injusticia que no debí cometer contra mi marido. Quedóme en la imaginación una herida dolorosa, que me afectó como si hubiese sido víctima de una grave injuria.

Tiempo hacia que mi corazón sufría esta llaga. Yo me guardaba estos disgustos, porque á la vez sentía orgullo y vergüenza de confesarlos. Esta fué mi segunda falta. No puede haber felicidad conyugal si no reina entre los esposos una absoluta confianza.

Vino una estación fría y húmeda. Yo me levanté una mañana muy irritable. Estaba constipada, con dolor de cabeza, y mi hijo me había incomodado toda la noche. Mi cocinera era una campesina ignorante, y aquella mañana hizo el almuerzo peor que nunca. El *beafoak* estaba carbonizado, los huevos duros como balas, el pan sin cocer, y el café execrable. Mi marido soportó con paciencia heroica todo hasta la llegada del café, que acabó con su paciencia. Volcó la taza, y dijo con tono semi-enfadado:

—Quisiera que lográsemos una vez un buen café. Anita, ¿por qué no lo hay aquí nunca como en casa de mi madre?

Aquella fué la gota que hizo desbordar mi vaso ya lleno. Mi mal humor estalló.

—Jamás encontráis nada bueno en casa, exclamé, y me estremecí yo misma con el sonido de mi voz. Mejor hariais en permanecer en casa de vuestra madre, si no estais contento aquí, ó dadme criados que sepan hacer algo. Yo no puedo hacerlo todo... cuidar de noche al niño, y hacer el almuerzo por la mañana.

—Yo no sabía ser tan sin razon, respondió él con aire ofendido.

Después de haber estado algunos minutos en la mesa sin pronunciar nada, se levantó, cogió el sombrero y salió.

Cuando sentí la puerta, perdí todo mi valor. Encerréme en mi cuarto, me senté en una silla, y me eché á llorar como un niño. Era la primera vez que yo respondía de aquel modo á mi marido. Me parecía que una desgracia nos amenazaba. La cabeza se me calentó de tal suerte, que di una vuelta por la habitación retorciéndome los brazos.

¡Oh! todo se acabó, pensé, ya no habrá felicidad para nosotros en este mundo. Y este pensamiento me hizo sumamente desgraciada. Un negro sudario me cubría de pies á cabeza; el porvenir no me ofrecía mas que tinieblas y desolacion. En mi miseria, procuraba consolarme descargando la censura en mi marido. ¿Qué necesidad tenia de hablarme así? exclamé; bien podía haber visto que estaba mala é incapaz de sufrir nada. Fué una maldad de parte suya. Es claro que no se ocupa de mí como en otro tiempo. Y después repetirme sin cesar que su madre tenía tan buena mesa, cuando sabe que hago todo lo que puedo por tenerlo contento. ¡Oh, fué una maldad!

No tomeis un aire tan terriblemente sério, Catalina. En aquel instante se puso á llorar mi hijo, y me vi obligada acudir á él antes de acabar mi dolorosa letanía; pero bastante había avanzado por el mal camino. Comencé á calmarme con la idea de que toda la culpa era de mi marido. Yo estaba muy incomodada por haberle respondido tan

bruscamente, pero creía que él debía sentirlo como yo. Antes que mi hijo hubiese concluido de llorar, formé el propósito de no manifestarme arrepentida, antes que mi marido mostrara su arrepentimiento.

Me lavé la cara para borrar las huellas de las lágrimas, me vestí con una atencion extraordinaria, y bajé á decir á la vieja Brigida que cuidara mucho de la comida. Hice aquello con la actitud de una víctima. Quería obligar á mi marido á arrepentirse de su injusticia, dándole, por toda queja, una comida tan buena como la de casa de su madre. Y para avivar sus remordimientos, le preparé yo misma una esecente taza de café, nuestra bebida favorita.

La una sonó; se abrió la puerta; oí los pasos de mi marido. ¡Silbaba! Se sentó á la mesa con la mayor calma sin dar señales de la borrasca pasada. Dirigió en torno suyo una mirada de satisfacción.

—¿Qué comida tan sazónada, Anita! exclamó.

—Celebro mucho que os parezca así, respondí yo con cara compungida.

—¡Buen asado! ¡el mejor que hemos comido en todo el año!

En una palabra, tan satisfecho estaba con la comida que yo le servía, como una tierna queja, que no se apercibió de mi mal humor. A la vez estaba yo triste y alegre, pero no abría la boca sino para responder á sus preguntas. Después de los postres, yo le servi el café. Quedóse sorprendido.

—Anita, dijo, creo que habeis tratado de probarme vuestra habilidad.

Habia adivinado, pero sin sospechar mi designio. Mi primer impulso fue el de responderle francamente: «¿Es tan bueno como el de casa de vuestra madre?» Esto le hubiera dado la llave del secreto, hubiera comprendido todo, y al punto hubiéramos hecho las paces. Pero estaba avergonzada. Sorbí mi café en silencio. El momento dorado pasó, y mi buen ángel huyó. El orgullo quedó dueño del campo. Comencé á resentirme viéndolo gozar así de mi comida, y olvidando el disgusto que me había ocasionado. Como tenía mucho que hacer aquel día, no se quedó tanto tiempo como de costumbre á hablar conmigo, sino que se fué silbando mas alegremente aun que ántes de comer.

Volví adonde estaba mi hijo, pensando en la conducta que debía observar. El niño dormía; la lluvia azotaba las ventanas; el viento mugía, y el mundo me parecía triste como una tumba. Me había fatigado preparando la comida; y ahora que la excitacion había pasado, y que sentía la reaccion, me preguntaba qué ventaja me había producido. Ni la mas pequeña. Mi marido no había observado que era objeto de reconciliacion. Echéle en cara su insensibilidad. En otro tiempo, pensé yo, hubiera observado la mas ligera alteracion en mi voz, la menor nube en mi alegría; hoy puedo estar realmente enfadada contra él sin que lo sospeche.

La tarde me pareció eterna. Estaba agitada é inquieta, ensayaba una y otra ocupacion sin que nada me agradase; y bajé por el té, mas distante quizá del buen camino que lo había estado al mediodía. Sentéme á la mesa, triste y silenciosa. Mi marido intentó dos ó tres veces empeñar la conversacion, pero sin éxito.

—Anita, dijo en fin con bondad, ¿no estais hoy buena?

—No, del todo, respondí suspirando.

—¿Qué teneis?

—Dolor de cabeza. El niño no me ha dejado dormir en casi toda la noche.

Esta era la mitad de la verdad, y me juzgué culpable parándome en este punto. Él me estimuló á que me reclinara en un canapé, y me propuso el leerme un poco.

Sentí su amabilidad; era la de los tiempos anteriores. Aunque el nuevo no tuviese mas que un día, me se figuraba una eternidad. Pero no era lo que necesitaba. Quería una explicacion clara, y no que esquivase la dificultad, y resolví estar con aire mohino hasta que llegase esta explicacion, hasta que conociera que después de tal desazon no podía volver á ser feliz, sino con un arrepentimiento y un perdon recíprocos. Por eso no quise oír la lectura, y dije que necesitaba acostarme. Dejéle en un sillón, con su quinqué, su libro y un buen fuego, todo como cuando era soltero; subí á mi cuarto, me metí en cama, y me dormí llorando. Os reis, Catalina, pensais que estaba loca. Teneis razon; ahora yo tambien lo creo.

—¿Y en qué paró todo esto, Anita?

—Una semana me mantuve así, cada día mas triste y disgustada. Cuando me quedaba sola, cogía el niño y lloraba como si hubiera muerto mi marido, como si no tuviera nada en el mundo mas que aquel niño. ¡Dios mio! ¡Cuán desgraciada era yo! y mi desdicha crecía todos los días. Cuantas veces veía á mi marido, descubria en su conducta algun nuevo motivo de disgusto; tan pronto tenia mucha prisa como muy poca: hablaba demasiado ó casi nada.

El soportó con paciencia mi mal humor, persuadido de que yo estaba mala. Un día vino á decirme que tenia ocho días de licencia, que había alquilado un carruaje y que debía preparar el equipaje mio

y el de mi hijo, porque íbamos á partir dentro de una hora. Debíamos ir á pasar la semana en casa de mi madre.

—Tanto vale pagar los gastos de viaje como las visitas de médico, querida Anita, dijo él. No quiero que os amortigüeis como lo haceis de algunos dias á esta parte. Vamos á despedir á Brigida, á cerrar la casa, á huir de todo enojo y distraernos un poco.

Todo iba dicho con tanta bondad, que tuve deseo de arrojarle al cuello de mi marido y de llorar abundantemente pensando en mi atroz conducta; pero aun no habia llegado el momento de explicarnos. Dime, pues, priesa á preparar mis cosas. Antes de estar á la mitad de mi tarea, resolví decirle todo desde el principio hasta el fin. En el momento en que tomé esta determinacion me sentí aliviada de un peso enorme; mi corazon parecia ligero como una pluma, mi voz, mi fisonomia, todo habia cambiado. Yo lo sabia, y mi marido lo notó apenas lo ví á la hora convenida.

—Y bien, Anita, creo que los preparativos de viaje os han curado. Ahora lo mismo será que nos quedemos en casa.

—Hé aquí mi historia, Catalina. El resto os pareceria muy poco interesante.

—No, no, Anita; me privaríais de lo mejor. Contadme cómo hicisteis las paces.

—Subimos al carruaje y viajamos alegremente hasta el anochecer. El niño se durmió. La naturaleza estaba tranquila y serena; yo envidiaba aquella tranquilidad. Lágrimas de verdadero arrepentimiento brotaron de mis ojos y cayeron sobre mi hijo antes de que yo lo observase. Mi marido volvió la cabeza y las vió.

—¡Cómo, Anita! dijo con mucha sorpresa, ¿qué teneis?

—¡Oh! estoy disgustada, respondi.

—¡Por qué, querida mia? ¿No sois feliz? ¿Qué os atormenta?

—¡Siento tanto el haber sido tan mala esta semana!

—¿Qué quereis decir? preguntó con un aire cada vez mas cortado.

—¡Cómo! ¿No lo sabeis?

Y empecé á contarle toda mi historia; cómo me habia vestido muy irritable y me habia dejado llevar de mi mal humor para responderle bruscamente, cuando me dijo que lo que se comia en nuestra casa no era tan bueno como lo de casa de su madre; cómo aquello me habia trastornado; cómo él lo habia olvidado sin procurar una reconciliacion diciendo que se arrepentia; cómo habia estado ocho dias pensando en ello; cómo se habia todo aquello envenenado en mi corazon, emponzoñando todos mis goces; que torrentes de lágrimas habia vertido en la soledad, pensando que todo se habia concluido entre nosotros y que jamás nos amaríamos ya como nos habíamos amado antes.

—Escuchóme sin decir palabra y enseguida se echó á reír.

—¿Quisiera saber, Anita, dijo él, si habeis estado mala por eso toda la semana?

—Ciertamente.

En esto paró el caballo para dar la vuelta

—¿Qué vais á hacer? le pregunté.

—Volver á casa, si es ese todo vuestro mal.

Solté la carcajada con tanto gusto como él, porque mi pecado estaba ya confesado y me sentia feliz. Pero tiré de la otra rienda y acaricié con la fusta las orejas del caballo, que partió al galope en la direccion de la morada de mi madre.

Pero entonces tomamos esta resolucion, que si otra vez llegáramos uno de los dos á tener alguna queja del otro, nos pediríamos una explicacion antes de que se pusiera el sol, á fin de poder retirarnos á dormir, si no en paz con todo el mundo, por lo menos en paz el uno con el otro. Desde aquella época siempre hemos guardado fielmente nuestro compromiso; jamás he pasado una semana mas desgraciada que aquella de que os acabo de hablar, y creo firmemente que no la pasaré otra vez.

Espero, Catalina, que sereis tan feliz con Enrique, como yo lo soy con mi marido. El mejor voto que puedo formar por vos es que la primera desazon que tengais con vuestro esposo sea tambien la última.

AVENTURAS DE UN LOCO CORONADO.

CAPÍTULO III.

EL CONSEJO.

Cuando los senadores de que se componia ordinariamente el consejo, entraron con sus frentes cavilosas en el salon que acababan de dejar los cortesanos; el primer objeto que descubrieron fué el rey acostado sobre la mesa entre los vasos, las botellas, los platos, las servilletas manchadas de vino y los frascos de aguardiente y ginebra. A pesar de la impresion dolorosa que les produjo la vista de este desorden y la de su embriagado soberano, dieron vuelta á la mesa incli-

nándose con respeto y luego se retiraron á una habitacion inmediata para esperar á que pasara el letárgico sueño del rey.

La sala del festin habia vuelto á quedar en silencio, y el gran espejo de Venecia no retrataba otro convidado que Carlos XII, cuando una puerta se abrió, una mujer entró de puntillas y la puerta volvió á cerrarse. Esta mujer, cuyo elegante porte anunciaba una dama distinguida, tenia el rostro medio cubierto por una mascarilla de terciopelo. Se acercó al rey dormido, le miró con una piedad que indicaron los movimientos de su boca, y luego le dió un ligero golpe en la espalda con su abanico. Como el rey permanecia insensible le dió otro con mas fuerza. Al tercero el rey se despertó sobresaltado y miró con el embrutecimiento de la embriaguez quien osaba despertarle así.

—Mi arma no es mas que un abanico y soy una mujer.

—Esa voz... la conozco, balbuceó el rey apoyándose en su brazo izquierdo... si, la conozco... sois...

—La dama de honor de la señorita Aurora de Koenigsmarck.



(Hernando de Céspedes.)

—La hermosa Georgina...

—Oh! hermosa...

—La mas hermosa para quien no ha visto á vuestra ama... Pero ¿por qué ese antifaz... esta visita á esta hora, esta sorpresa...

—Por llegar á vos sin ser reconocida.

—Pero...

—Para veros...

—¿Quereis hablarme?

—En secreto quiero hablaros de mi ama.

—¡Qué hermosa es! exclamó el rey con la pesadez del vino; qué divina es la condesa de Koenigsmarck... ¡qué fresca hay en su rostro!... ¡qué expresion en su mirada! ¡Oh cuánta simpatia inspira... cuanta ternura... cuánto amor!... Y añadió cogiendo la mano de la que creia ser Georgina. ¿Veis, la amo como amo en este momento al sueño que pesa sobre mis ojos, que me anonada, que lo agita todo dulcemente delante de mí!... La amo como á esta mesa que no dejaria por el mejor lecho del mundo... y por ser amado de ella daria todo mi reino y los dos mares que le bañan... si, los daria. ¿Por ser amado de ella qué no daria yo?

—Y bien, sois amado, dijo la enmascarada.

El rey oyendo esto, cogió con tal fuerza el brazo de la condesa que la hizo dar un grito.

—¡Soy amado de la condesa! exclamó con la risa frenética que le atacaba cuando se agitaban sus nervios, ¡soy amado de la condesa!

Y no dejaba el brazo de la condesa que le dijo:

—Pero señor, vuestra felicidad como todas las del mundo tiene su mezcla.

—¿Qué queréis decir?

—No me atrevo... sin embargo, mi conciencia... mi franqueza...

—Hablad, exclamó el rey á quien la fuerza de su pasión prestaba un rayo de lucidez, hablad.

—Otros que vos no han podido ver á la condesa sin sentir cierto tierno interés...

—¿Es posible?...

—Señor...

—Y bien...

—Teneis un rival.

—¡Un rival! exclamó Carlos XII, déspota desenfadado en todo; ¡un rival! Esta noticia produjo en él un efecto que la condesa esperaba, aunque sin creer que fuese tan violento. Abandonó el brazo que apretaba con fuerza, y echándose hacia atrás para levantarse, apoyándose en los puños, con los ojos chispeantes y los labios espumosos, repitió: ¡Ah! ¿con qué tengo un rival? ¿y quién es? ¿Es ese que está ahí? ¿Aquel de mas allá? ¿aquel otro que está entre aquellas columnas? Y señalaba las estatuas de la habitación. Imagínese si el aguardiente produciría efecto sobre él.

—Ese rival es uno de vuestros cortesanos, le dijo por lo bajo y temblando la enmascarada.

—¿Uno de mis amigos?

—De los más íntimos.

—¡Mientes! dijo el rey llevando la mano á la mascarilla de la condesa para arrancársela.

Creyóse esta perdida... iba á ser vista por el rey.

Demasiado débil, sin embargo para sostenerse en un solo brazo, Carlos XII cayendo de un lado tuvo que abandonar la mascarilla para sostenerse. La máscara fué desatada solo, pero la condesa volvió á atarla al momento.

—¡El nombre de ese rival que osa aspirar al bien del rey! exclamó Carlos XII, ¡su nombre!

Colocada mas lejos del rey, cuyas uñas acababa de experimentar la condesa, respondió:

—¿Para qué querer saberlo?

—¿Para qué callarle? Exclamó el rey rechinando los dientes, es Reusechild?

—¡Oh!

—¿Es Olof?

La falsa Georgina soltó una carcajada tan fuerte á este segundo nombre que el rey continuó rápidamente.

—¿Es Milius? ¿Es Eris?

—No, no... murmuró débilmente la condesa.

—¿Es Megret? Es...

La condesa calló, de modo que Carlos XII imaginó al momento que su rival no podía ser mas que el aventurero francés, lo que era para él el asombro de los asombros, porque Megret era muy feo.

La condesa no queria dejar que se cambiase en certidumbre en el rey la suposición hija de sus celos, y añadió:

—No, no os diré su nombre.

—¿No es él?

—Sois terrible, señor

—¿Pero quién es entonces? exclamó el rey, á cuya imaginación vino un nombre que desechó como un mal pensamiento sin pronunciarle.

—Vos lo creereis todo cuando lo hayais descubierto por vos mismo, dijo la condesa avisando de nuevo al rey en sus dudas.

—¡Maldición! ¡si le encuentro! . Oh, la traición tan cerca de mí, en mi palacio, en mi mesa. Quien me haya engañado morirá, os lo juro sea Renschild, sea Herman, Olof, Megret...

El rey se detuvo al nombre de Megret, al cual volvía con gran placer de la condesa, pues el aventurero francés, mas sutil y mas penetrante que los demás oficiales suecos, la daba miedo especialmente desde la última caza. Indisponiéndole con el rey, conseguía un doble objeto; pero la importaba mantenerle en duda.

El esfuerzo que acababa de hacer Carlos XII exaltándose, le dejó aun mas pesado y le hizo caer de nuevo sobre la mesa como si la pesadez del sueño después de haberle despertado un momento, le revolviere con mas imperio en el abismo de los ensueños.

—El ama ya con furor á Georgina bajo el nombre de la condesa de Koenigmarck, dijo la condesa quitándose un momento la careta para respirar, yo le he dado celos y por consiguiente va á amarla aun mas; acabo de asegurar para siempre mi conquista. A la verdad... vale la

pena de que se me emplease para esto ese niño loco?... Está muerto y su reino pertenecerá á quien le coja. Cojésele pues.

La condesa tomó en seguida de nuevo el camino por donde había venido; dió dos golpecitos con el abanico en la puerta por donde había entrado y la puerta se abrió, apareciendo en ella un criado. La condesa salió con él y ambos cruzaron las galerías de palacio que la condesa tenía derecho de recorrer á cualquier hora, como amiga de la hermana de el rey y de hacer abrir á su dama de honor, título que había tomado con los criados que la habían dejado pasar.

Un cuarto de hora después de esta escena de que el rey no debía acordarse mas que como de un sueño, los consejeros entraron en la sala del banquete á ver si estaba en estado de recibirlos; pero su resolución estaba tomada.

Sentáronse en silencio en los mismos asientos que poco antes ocupaban los amigos del rey, y durante media hora esperaron que les preguntase el motivo de su presencia, porque no era comun que vinieran á hablarle de asuntos de Estado en medio de sus orgías. El rey persistía en su posición horizontal. Entre los senadores estaban los doce á quienes el rey había humillado en la caza obligándoles á luchar con el oso. El letargo de Carlos se prolongaba mas allá de los límites del respeto y los consejeros se decidieron á abrir la sesión y agitar la imperiosa cuestión para que se habían reunido. La salvación de Suecia dependía de su pronta deliberación. El senador Dalberg habló el primero.

—Tres poderosos monarcas, dijo, se han coligado contra la Suecia: el rey de Polonia, el de Dinamarca y el Czar de Moscovia.

El senador se detuvo interrumpido por una voz que pasando através de la cerradura de la puerta vino á añadir un escándalo á tantos escándalos. Un cortesano que imitaba perfectamente el canto del gallo había turbado al orador con algunas variaciones y las carcajadas del de la pieza vecina acompañaron esta burla.

Dalberg continuó sin comoverse.

—Fácil es adivinar lo que quieren esos tres reyes ligados contra el nuestro, esos tres reinos contra nuestro reino.

—Quieren apoderarse de la Suecia, dijo á su vez el consejero Falkenberg.

—Y repartírsela, añadió el baron Sparre Fabricius, con indignación.

El rey que estaba acostado del lado derecho se volvió del izquierdo.

—Si, proyectan friamente repartirse nuestra patria, de donde salió el famoso Gustavo Adolfo que tanto les hizo temblar.

Al nombre de Gustavo Adolfo todos los senadores se levantaron inclinando la cabeza.

Al mismo tiempo atravésó por la cerradura un segundo grito no menos sabiamente imitado que el primero, pero esta vez imitaba un rebuzno. La partición está ya arreglada, prosiguió Falkenberg; el Czar, nuestro vecino, se apropia la Divonia, el rey de Polonia Federico Augusto la Suecia, y el rey de Dinamarca la Noruega. En otro tiempo esta brabata no hubiera hecho mas que escitar la risa de la valerosa nación sueca pero ¿quién hubiera osado hacerla en otro tiempo? En tierra y mar nuestro pabellon imponía miedo á nuestros enemigos y respeto á nuestros aliados, y ahora se nos amenaza, se nos ataca, se nos invade!

—Se nos invade! murmuraron con dolor los demás consejeros.

—Los sajones han entrado en Divonia, prosiguió Falkenberg, y la Divonia es á la Suecia, lo que la hija á la madre. Esta es la primera vez que el extranjero pone el pié en nuestro reino. Se ha envalentonado con nuestra debilidad.

—Con nuestra indiferencia, dijo Dalberg.

—Con nuestra cobardia, añadió Sparre.

—Y caerá sobre Stokolmo, clamaron muchas voces á un tiempo.

El canto del gallo y el del asno habían sido sobrado bien imitados para que el del perro no tuviera el mismo honor. La ardiente indignación del consejo fué acogida en la pieza inmediata por ladridos tan numerosos y variados que era fácil adivinar que no los producía todos un mismo pecho. Cada cortesano participaba lo que podía de aquel concierto. No se podía desear un conjunto mas ruidoso ni mas original.

En cuanto al rey, dejó de estar acostado sobre el lado izquierdo para ponerse boca arriba.

—Y cuando se piensa, prosiguió Falkenberg que se levanta enfrente de la Suecia, al otro lado del mar un hombre, cuyo robusto génio no se detiene ante ningún obstáculo, que estendiendo su imperio de la mar glacial al Mediterráneo, del Báltico á la China á través de las selvas que abate, que es á un tiempo, emperador, general, gran sacerdote, almirante, legislador y creador de su pueblo, porque lo ha creado todo, su capital, su armada, su religion, sus leyes y su nacion; cuando se piensa que Pedro Alexiowia, á quien la posteridad llamará sin duda Pedro el Grande, está entre nuestros enemigos, es uno de los tres reyes coligados contra Suecia ¿cómo no deplorar la suerte de nuestro país espuesto á tantos golpes redoblados, á tantas desgracias ciertas?

El viejo consejero Axel que hasta entonces había escuchado en silencio, usó de la palabra para decir que importaba solo en una circunstancia tan grave recurrir á los medios de defensa oponer la fuerza á la fuerza, la armada á la armada, cañón á cañón, hombre á hombre.

—Pero quien puede hacer eso con su voluntad soberana, objetó amargamente Falkemberg ¿no es el rey?

—¡Pues que sea el rey! replicó con enojo Axel.

—El rey es muy joven, dijo un consejero con ironía.

—El rey está enfermo, dijo otro con compasión.

—¡Ved ahí al rey! dijo el enérgico Axel, que llevaba aun en el rostro la señal de las sangrientas garras del oso. Ved ahí al rey... con eso está dicho todo; ese montón de miembros enervados, crispados, fatigados por el exceso de los licores, ese es el rey que podemos oponer á tres reyes jóvenes, valientes, enérgicos, cuyas tropas pisan ya la Suecia.

Cuando de audacia en audacia, inspirados por la suprema ley del peligro, los consejeros llegan á hablar así en presencia de su dueño, estan cerca de tocar á los derechos de la corona, para salvarla salvando el país.

El anciano Axel prosiguió. Si Dios no quiere que se deponga á los soberanos que él mismo ha elegido, no puede querer tampoco que los Estados perezcan, porque también son obra suya. Ved el medio que propongo para impedir que nuestra patria sea presa de esos tres buitres que se ciernen sobre sus nieves. Hemos cometido una falta quitando la regencia á la reina Eleonora de Holstein, viuda de Carlos X y madre de Carlos XI para coronar á Carlos XII, que no debía de ser rey hasta los dieziocho años. Hemos salido de la ley... volvamos á ella al momento.

—¿Quitar la corona á Carlos XII? exclamó un consejero espantado.

—Para volvérsela mas tarde; cuando comprenda los deberes que le impone. Mientras tanto pongamos el cetro y el poder en manos de su abuela Eleonora de Holstein.

—La reina viuda, respondió el baron Sparre respetuosamente, está en la estrema ancianidad, y acaso conviene el reposo á su augusta cabeza, que una corona...

Otro senador añadió.

—La reina viuda ha bajado ya dos veces del trono, haría subir otra es aventurado y peligroso; su presencia va á atraer en torno del trono los partidarios de su modo de gobernar, que no era el mejor, pues la hemos quitado la regencia antes de tiempo.

Un tercer consejero fué mas lejos aun.

—Oponer la prudencia estéril de una mujer á la ambición hostil combinada de tres reyes jóvenes... ¡I pensad lo que haceis.

Entonces estas palabras salieron como llamas de la boca de Axel.

—¿Conoceis otro medio mejor de salvar la Suecia? Proponedle, porque es preciso salvarla y salvarla pronto. La tierra tiembla bajo nuestros piés; el horizonte arde. En este momento el enemigo viola, saque, quema nuestras ciudades, destruye nuestros navios, esas fortalezas flotantes de la Suecia, insulta su bandera, azote del leopardo, roba nuestras iglesias y nuestro erario, degüella á nuestras mujeres... y nosotros ¿qué hacemos?... ¡Nada!

—En los momentos de peligro, en la hora de agonía de las naciones, hay siempre de esos buenos viejos como Axel que se llaman ya el sábio Nestor, ya Mateo Mole, ya Axel. Dios toma su rostro sublime para inspirar á los débiles el gran impulso de la revolucion contra la tiranía que se despierta ó la monarquía que se duerme.

Axel derramando lágrimas alzó al cielo sus brazos temblorosos.

Los consejeros se dejaron llevar de su ejemplo é invocaron en silencio con el pecho conmovido, el amparo de Dios, y el cuadro que produjeron fué sublime por el contraste. En torno de una mesa derribada por la orgía, augustos ancianos, padres de la patria, suplicaban al cielo con dolor que salvase la Suecia, mientras que el rey acostado sobre la mesa dormía...

De repente la habitacion vecina retumbó al ruido formidable del resonante cantar de los compañeros del rey, que cansados de imitar la voz de los animales—Todo cansa, hasta lo mejor—cantaban la cínica y popular canción sueca, cuyo estribillo dice:

Nunca se bebe bastante,
Nadie bebe demasiado;
El que resiste que beba
Y curará si está malo,
Curará, curará,
Y sino se morirá.
Pero que beba
Enfermo ó sano:
¡Haced que beba!
Bibat et moriatur.

Este estribillo ronco, ébrio, ardiente, entonado con furor, fué entrecortado por esta oracion cordialmente exhalada del pecho de los senadores.

—¿Quién salvará nuestra patria? Dios nuestro, ¿nos abandonarás en el peligro? Perdónanos nuestras faltas, óyenos, Señor. Si tú no nos salvas, ¿quién nos salvará?

—Yo, exclamó una voz tronante como la de la trompeta del juicio, y Carlos XII se levantó sobre la mesa sacando la espada.

—¡El rey! exclamaron todos.

—¡Carlos XII se despierta!

—Dios mio, nos habrás oído?

—Si, yo os salvaré, yo salvaré la Suecia. Son tres reyes contra nosotros; aunque sean doce! Que pasen el Báltico! vengan! Tenemos bastante nieve para enterrar sus tres ejércitos. No nos vencerán, os lo juro sobre mi espada. Miradla, es la de Gustavo Adolfo!

La frente de Carlos, que como se sabe, era muy grande, pareció aun mayor en este momento; su infernal ardor guerrero que debía espantar á toda Europa, se revelaba en aquella huesosa cima iluminada en su base por dos ojos fijos, largos óvalos blancos, en cuyo centro destellaban dos pupilas acerdamente brillantes. Su mandíbula desmesuradamente larga, caracterizaba aun mas su fisonomía, y la estrema blancura de su piel, manifestaba que en este momento su sangre como su cólera se había retirado al corazón.

—Señores, prosiguió trasfigurándose poco á poco, aunque ya estaba enteramente despierto: sois leales servidores, sábios y valerosos consejeros, leales suecos, habeis hablado y obrado bien, no habeis temblado; mereceis ser recompensados y lo sois, pues encontrais á vuestro rey.

—Si, le encontramos!

—Viva largos años.

—Que no sea esto un sueño! osó decir Axel, incrédulo aun ó al menos dudoso de este milagro.

—No es un sueño, aunque no sé si es un milagro, exclamó Carlos XII: es una verdad. En seguida llenando de agua la copa mas grande que encontró dijo antes de beber.—A vuestra salud. He aquí el único licor que Carlos XII se condenará á beber, os lo juro, lo restante de su vida. Podeis retiraros, señores consejeros: vuestra obra de valor ha terminado, y la mía comienza ¿Cómo acabará? Sábelo Dios.

Admirados y enternecidos los consejeros salieron en silencio con la frente descubierta y radiante de esperanza, como los reyes magos despues de haber visto al Salvador.

En cuanto hubieron salido, el mismo Carlos XII fué á abrir las puertas á sus alegres compañeros que entraron en tumulto; tan ébrios por lo menos como antes del consejo, no habiendo oido nada de lo que había pasado entre el rey y los senadores. Para lo cual había sus razones.

—Señores, les dijo el rey. Regocijaos, durante el consejo he pensado en vosotros y vuestros placeres. Empezamos á cansarnos de no encontrar ninguno nuevo... yo he descubierto uno que os agrada.

—¿Y qué placer es ese? preguntó Eric apoyándose en Olof, que se apoyó en Herman, que se apoyó en Megret.

—¡Vive Dios! eso se adivina! ese nuevo placer es un nuevo modo de beber, exclamó Olof rojo como la escarlata.

—No, un nuevo juego, interrumpió Megret, cuya embriaguez era blanca como la harina.

—Decid mas bien que es un nuevo modo de cazar osos, murmuró Reuschild.

En fin, cada compañero de Carlos XII afirmó segun sus gustos que el placer de que hablaba el rey no podía ser otro que un refinamiento de su pasión querida.

—No habeis adivinado, señores, les dijo el rey. El placer que pretendo daros á conocer es mas vivo que el juego, que la caza, que la orgía; es un placer digno de un rey y de hombres como vosotros. Este placer es la gloria.

Si los desórdenes habían fatigado y abatido á aquellos cortesanos, no había aun degradado enteramente su carácter, y la gloria se parece demasiado á la guerra, la guerra se parece demasiado á la caza, para que no se inflamasen sobre todo en su estado á la voz del rey que les hablaba de gloria, placer efectivamente muy nuevo para ellos.

Carlos XII prosiguió con el mismo entusiasmo:

—Partiremos dentro de breves dias.

—¿Adónde? preguntaron á una voz todos los cortesanos excepto Reiginold, abrumado de pesar por este acuerdo que destruía su promesa hecha á Aurora.

—Partimos á la guerra, respondió Carlos.

—¡Viva el rey! ¡viva la guerra! exclamaron todos poniendo mano á la espada despues de haber gastado algun tiempo en buscar el puño.

—Pláceme veros tan dispuestos á secundarme.

—¿Y quién nos quiere hacer la guerra, preguntó Reuschild, es Dinamarca?

—¿Es Polonia?
 —¿Es Moscovia?
 —Las tres, exclamó Carlos XII; nos echan el guante.
 —¡Le recojemos!
 —Reuschild, tú serás mi generala.
 —Sí, señor.
 —Lieven, tu mandarás la artillería.
 —Sí, señor.
 —Olof, los dragones seguirán tus órdenes.
 —Sí, señor.
 —Herman, tú mandarás las tropas de mar.
 —Sí, señor.
 —Megret, os he nombrado mi ingeniero, me construireis fortalezas.
 —Y os las tomaré, señor.
 —Y tú, Reginold, serás mi ayudante de campo. Escribirás mis órdenes y las llevarás á través de las balas. Es la mision mas peligrosa.
 —Y la mas honrosa, señor; os doy gracias por ella, respondió Reginold, siempre pálido y pensativo, pensando que no volvería á ver á la condesa, aunque dichoso en su dolor por la heroica determinacion del rey. Sus lágrimas eran gloriosas y amargas; su valor ansiaba ya el peligro y corría á él mientras que su corazón, vencido por el amor, se unía cada vez mas á la Suecia, y carecía de fuerza para abandonarla.

(Continuará.)

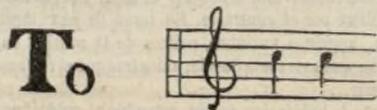
UN GOLPE EN VAGO.

Ya el triunfo de vuestras armas
 En tod. Cuba se sabe,
 Y herido de negra envidia
 Se agita Diego Velazquez.
 Con mucho disgusto ha oido
 Que yendo á buscar las naves
 Os hayais vos apartado
 De rendirle vasallaje.
 Estando en esta comarca
 Del rey por representante
 Dicen que asaz ha sentido,
 Y lo cuenta como ultraje,
 Que de tantas regalías
 Como en esta tierra os hacen
 Hayas al César mandado
 Un barco de vuestra parte
 Henchido de barras de oro
 Y de vistosos plumajes.
 Por esto los enemigos
 Que allá en Santiago dejasteis
 De vuestra honradez murmuran
 Con desenfado y coraje,
 Que diz que de ingrátitudes
 Habeis hecho siempre alarde,
 Bien pudierais, buen Hernando,
 Torcer el rumbo, si os place,
 Para aplacar las hablillas
 De esos hombres miserables
 Que solo mueven las lenguas
 Cuando no hay quien se las saque.
 Yo bien sé que esa jornada
 No os fuera del todo en valde,
 Que conocer os importa
 Un traidor de alto linaje,
 Que con achaques de amigo
 Os vendió como un alarbe.
 No arrugueis, Hernan, el ceño,
 Que aunque da honor al semblante,
 Bien se vé que sois un mozo
 Que habeis una alma de ángel.
 Fuisteis incauto aquel dia
 Que á Santiago abandonasteis
 Que allí el traidor se quedaba
 Con vuestra ausencia gozándose
 Al lado de Catalnia,
 Al lado de vuestra amante,
 Y ese traidor, os lo digo
 Porque vuestro enojo estalle,
 Es el mismo que hoy murmura
 De veros aquí tan grande.

Alzóse Hernan de la silla
 Sin dar muestra de alterarse,
 Y al licenciado Juan Diaz
 Así contestó arrogante:
 «Porque vos me lo habeis dicho,
 Y os doy las gracias, buen padre,
 Sé que el triunfo de mis armas
 En toda Cuba se sabe.
 No me importa que envidioso
 Se agite Diego Velazquez,
 Ni me avergüenza que diga
 Que tuyas son esas naves;
 Que si honores al rey debe
 Bueno será que los pague.
 Nunca á don Diego he jurado
 Obediencia ni homenaje;
 Solo al rey lo he prometido
 Y al rey solo he de humillarme.
 Por eso de los regalos
 Que en esta tierra me hacen
 Un barco henchido de oro
 Vogando va por los mares.
 Desprecio los enemigos
 Que allá en Santiago me tachen,
 Que murmurar por la espalda
 Es oficio de cobardes,
 Que no merecen la honra
 De que sus lenguas les saque.
 En cuanto al tenaz don Diego...
 Dejad, por Dios, que aun no es tarde
 Para probar que es de un tigre,
 Alma que juzgais de un ángel.
 Por lo tanto, fraile honrado,
 Dejad que los otros hablen,
 Que es propio de hombres pequeños
 Ocuparse de los grandes.
 Y volviéndole la espalda
 De la habitacion se sale
 A tratar de sus conquistas
 Con los demás capitanes.
 Entonces el licenciado
 Toma papel y al instante
 De lo que ocurrido habia
 Mandó á don Diego un mensaje.

ANTONIO HURTADO.

JEROGLIFICO.



Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO E ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.